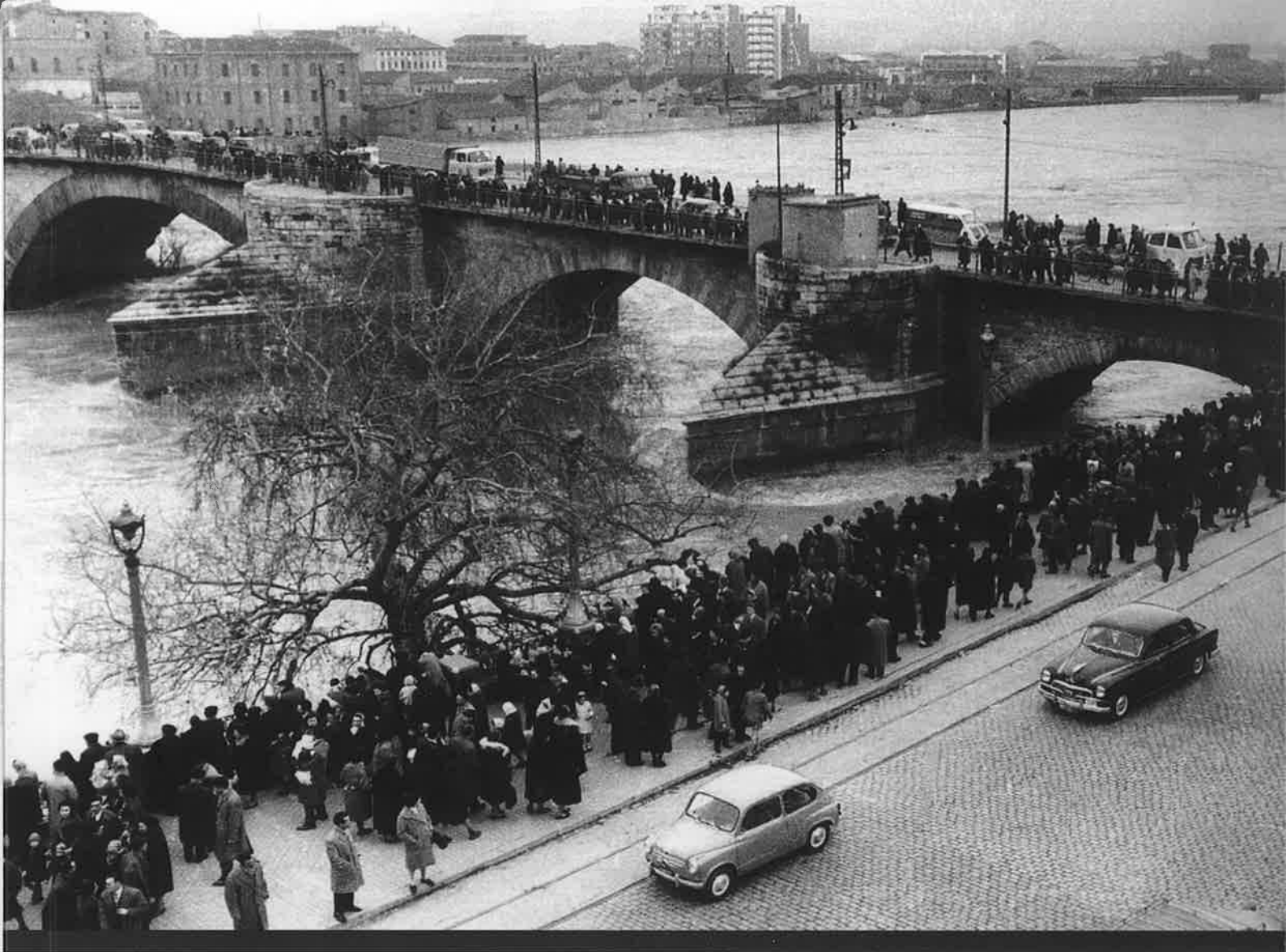




El Ebro desbordado

Una historia de las crecidas del río en Zaragoza

El Ebro desbordado

Una historia de las crecidas del río en Zaragoza

El Ebro desbordado

Una historia de las crecidas del río en Zaragoza

5 de mayo a 5 de junio de 2011

Edificio Europa _ Plaza Europa, 1 - Zaragoza

EXPOSICIÓN

Promueve y patrocina

Ayuntamiento de Zaragoza

Área de Cultura, Medio Ambiente, Participación Ciudadana y Grandes Proyectos

Organiza

Agencia de Medio Ambiente y Sostenibilidad, Ayuntamiento de Zaragoza

Coordinación y dirección municipal

Olga Conde Campos, Agencia de Medio Ambiente y Sostenibilidad, Ayuntamiento de Zaragoza

Comisariado

Eva Soro y Miguel Ángel Sancho

Documentación materiales expositivos

Marisancho Menjón

Tratamiento fotográfico, diseño expositivo y dirección de montaje

Eva Soro

CATÁLOGO

Edita

Ayuntamiento de Zaragoza,

Área de Cultura, Medio Ambiente, Participación Ciudadana y Grandes Proyectos

Agencia de Medio Ambiente y Sostenibilidad

Textos

Marisancho Menjón Ruiz

Fotografías

Archivo Miguel París, Miguel Marín Chivite, Lucas Cepero, Loty, Lucien Roisin, Bardavío, Luis Serrano Pardo, Rogelio Allepuz, Ángel de Castro, Chus Marchador, José Aniés, Archivo Municipal de Zaragoza, Colección Luis Rasal, Colección Ángel Morata Monreal, Colección Luis Serrano, Colección José Ramón Marcuello, Archivo Heraldo de Aragón, Archivo El Periódico de Aragón, Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza, Archivo Confederación Hidrográfica del Ebro, Ayuntamiento de San Juan de Mozarrifar, Gobierno de Aragón, Sistema de Información Territorial de Aragón (SITAR), Archivo Gabinete de Educación Ambiental del Ayuntamiento de Zaragoza

Impresión

Gráficas Jalón

ISBN: 978-84-8069-556-5

DEPÓSITO LEGAL: Z-1797-2011

Hoy Zaragoza vuelve a mirar a su río. Las riberas del Ebro han dejado de ser un espacio olvidado, inaccesible, inseguro y sucio para convertirse en un lugar de encuentro, donde la población disfruta con la naturaleza de la misma manera que lo hacían aquellos zaragozanos que acudían a las playas fluviales o a los baños públicos. Esa imagen, y otras muchas más sobre la historia y la evolución del río, las podemos disfrutar en esta composición, donde además se recuerda con testimonios gráficos las crecidas del río Ebro en Zaragoza, con motivo del cincuenta aniversario de la crecida más importante del siglo XX, la de 1961.

Las fotografías sirven de instrumento notarial de los momentos, situaciones y, cómo no, de las vivencias humanas. Barqueros solidarios que no dudaban en adentrarse en las aguas turbulentas de un río desbordado en busca de vecinos aislados; ciudadanos que abrían sus casas a los que habían perdido todo, gentes asustadas contemplando y escuchando la fuerza de la naturaleza en su máxima expresión aparecen en esas imágenes, que retratan al Ebro de las grandes sequías y de las grandes avenidas. Zaragoza y el Ebro han caminado siempre unidos porque no es posible entender esta ciudad sin el río.

Su presencia ha sido notable en todos los grandes acontecimientos. De hecho, días antes de la inauguración de la Expo Internacional 2008 “Agua y Desarrollo Sostenible” quiso ser también protagonista y acudir el primero a la visita.

A lo largo de esta exposición fotográfica queda claro que el Ebro ha querido y quiere ser libre. Con las últimas actuaciones le hemos dotado de mayor libertad. Dentro de unos años conoceremos la respuesta...

Jerónimo Blasco Jaúregui

Consejero de Cultura, Medio Ambiente,
Participación Ciudadana y Grandes Proyectos



Foto: Archivo Miguel París

El Ebro es nuestro y nosotros somos suyos. Él pertenece al territorio: lo vivifica, lo identifica, le otorga personalidad. Lo convierte en lo que es, y así quienes lo habitamos no podemos imaginarnos sin él, sin nuestro río. Vivimos en el Valle del Ebro, en la ciudad que marca su punto medio: Zaragoza. Somos quienes somos por el río, que está en nuestra identidad, en nuestro paisaje cotidiano y en nuestros recuerdos. Pero el río también es dueño del territorio y de tanto en tanto nos lo recuerda: viene con sus escrituras de propiedad debajo del brazo, se desborda y ocupa lo que es suyo.

El Ebro no es malvado ni colérico, es simplemente un río y no se le puede negar su naturaleza. Ni ir contra ella. Bien es cierto que tampoco se le puede dejar libre todo su espacio y mirarlo a lo lejos, desde el desierto. El hombre necesita estar a su lado, pues de sus aguas vive. Por eso debe buscarse un equilibrio que permita la convivencia imprescindible entre el ser humano y el río.

1643



Vista de Zaragoza, Juan Bautista Martínez del Mazo, 1647. Museo del Prado.

Las crecidas son un proceso natural de los ríos que se produce cíclicamente. No sabemos cuándo van a llegar porque no estamos hablando de ciclos exactos, pero debemos ser conscientes de que cada cierto tiempo van a ocurrir. Lo han hecho desde que el río es río, a lo largo de toda la Historia.

Tenemos noticias de ellas desde la Antigüedad. Sabemos que en el año 49 antes de Cristo el Ebro dejó atrapados a César y a sus tropas en medio de una avenida, cerca de la confluencia de los ríos Cinca y Segre, y que tuvieron que ir a ayudarles los de Huesca. A lo largo de la Edad Media los cronistas y escribanos dejaron muchos testimonios sobre episodios protagonizados por la bravura del río.

Del más importante, el de 1380, dio cuenta el historiador Jerónimo Zurita en el siglo XVI: en esa fecha el Ebro cambió su curso y dejó un antiguo meandro convertido en humedal, en la zona que todavía llamamos Balsas de Ebro Viejo.

En **1643** se produjo una de las riadas más importantes de que hay noticia. El ímpetu de las aguas rompió dos arcadas del Puente de Piedra e inundó el antiguo convento de Predicadores, sito en el Paseo Echegaray. El

edificio aún pervive, aunque no la lápida que se colocó para conmemorar el suceso y marcar la altura a la que llegó el agua.

Nos queda, sin embargo, el relato de lo sucedido, escrito por un fraile de ese convento en el siglo XVIII y que dice así:

A 18 de febrero del año 1643, día de Ceniza, sucedió una inundación del río Ebro tan grande, que no la habían visto ni oydo los nacidos; porque subió más de una vara sobre las murallas del convento, y llegó hasta una línea de ladrillos que está por señal del caso en el salón de la cocina, y enfrente en la pared una piedra negra [...] con esta inscripción: «Año 1643, a 18 de febrero, día de Ceniza, a las 4 de la mañana comenzó a crecer el río Ebro. Entre la 1 y las 2 derribó los dos arcos de medio del puente de Piedra, y antes llevó el puente de Tablas. A las 3 llegó hasta esta línea de ladrillos, y entre 6 y 7 comenzó a menguar. Entró en la bodega de casa, y se llevó el vino; rompió las cubas y tinajas del aceite, derribó las secretas de la enfermería, hizo sentimiento el refectorio y el suelo de la celda prioral [...] y para reparo de los daños, nos envió el señor Arzobispo de Valencia D. Isidro Aliaga una limosna de 300 libras.

De la rotura del puente de Piedra también tenemos un precioso testimonio, y es el cuadro de Juan Bautista Martínez del Mazo *Vista de Zaragoza*, pintado en 1647 y hoy en el Museo del Prado.



Grabados de Ricord y Capuz publicados en La Ilustración Española y Americana.
 Archivo Diputación Provincial de Zaragoza y Colección Ángel Morata Monreal

Otra gran crecida histórica fue la del 13 de enero de 1871, que perduró en la memoria colectiva como único referente con el que poder comparar la de 1961. El cronista José Blasco Ijazo lo contó así:

Las ensoberbecidas aguas inundaron la comarca en una extensión inmensa; cubrieron las vías férreas [...], asimismo las carreteras y los caminos; aislaron por completo los pueblos ribereños; se extendieron como invasor torrente por campos, huertas y jardines, y arrastraron con su impetuosa corriente muebles, útiles y enseres domésticos, maderos y escombros de casas y cabañas destruidas, caballerías y reses de distintas especies, y lo que fue más sensible, hasta cadáveres humanos.

En Zaragoza, durante la madrugada del 13 de aquel mes de enero, el agua llegaba a unos cinco metros del castillo de la Aljafería, y por la parte del Puente de Piedra subió más de un metro y medio sobre la argolla que marcaba la mayor inundación conocida hasta entonces.

Cubría el Ebro toda la llanura hasta Juslibol. Llegaron las aguas por el Arrabal hasta la estación ferroviaria y

cubrieron el camino del Vado del Gállego y los campos inmediatos por detrás del exconvento de Jesús. [...]

Juan Mafioli y sus dos hijos, barqueros, despreciando el peligro que corrían, atravesaron el Ebro por más arriba del castillo de la Aljafería, y dirigiéndose con una lancha a torres inundadas, lograron sacar a cuantos allí habitaban, salvándoles de una muerte segura.

Manuel Chueca, alcalde de barrio en Torrero, pagando jornales de su bolsillo, utilizó lanchas del Canal Imperial para bajar a la orilla derecha del Ebro y salvó a una treintena de personas refugidas en la torre de Montoya. [...] Otras personas realizaron trabajos de salvamento en un pajar deshabitado de las balsas de Ebro Viejo, en cuyo tejado cuatro personas aguardaban auxilio. También fue preciso acudir a lugares donde se habían producido hundimientos. Tal sucedió en el molino situado un poco más abajo del exconvento de San Lázaro.

Se llegaron a preparar baterías de artillería para volar el puente del ferrocarril, pues se temía que represara las aguas y causara más daños. Pero finalmente las aguas bajaron y no fue preciso usarlas.



Archivo Gabinete de Educación Ambiental, Ayuntamiento de Zaragoza

Zaragoza no tiene solo el Ebro: tiene también el Gállego y el Huerva, que desembocan muy cerca uno de otro, uno en pleno casco urbano y el otro casi. Y cuando el Gállego o el Huerva se desbordan, ocasionan también graves problemas, no solo por sí mismos, sino porque actúan como freno al normal discurrir de los caudales del Ebro, que por ello se desbordan aún más. Los mayores peligros han sobrevenido cuando a las crecidas del Ebro se han sumado las de estos dos afluentes, que hacían sobre el primero una especie de «efecto tajadera», como sucedió en los años 1830 y 1855, cuando el agua del Huerva llegó hasta la Puerta Quemada (es decir, hasta las cercanías de la plaza San Miguel) y refrenó el curso del Ebro.

La incertidumbre

En épocas pasadas, a la angustia de ver subir el nivel de las aguas se unía la incertidumbre de no saber hasta dónde iba a llegar la crecida, si iba a ser verdaderamente grave o no. No existían, como hoy, referencias seguras y en tiempo real sobre la cantidad de caudal que llevaba el Ebro, y solo llegaban, cuando lo hacían, escuetas y vagas noticias vía telegrama sobre los daños que se iban

produciendo aguas arriba en los pueblos de la ribera. Con ello se calculaba aproximadamente lo que llegaría después a Zaragoza con un margen de días u horas.

«Lo más peligroso es lo inesperadamente que llegan las grandes riadas», se afirmaba en la prensa en 1906. Y se pedía la colocación de escalas hidrométricas en más puntos del río, para que las poblaciones situadas aguas abajo pudieran saber algo más a ciencia cierta a qué atenerse. La situación cambió ostensiblemente a partir de la creación de la CHE, que organizó estaciones de aforo controladas por vigilantes que iban transmitiendo noticias constantemente a Zaragoza.

El actual Servicio de Información Hidrológica (SAIH) proporciona información, a través de la web, en tiempo real y con una frecuencia de 15 minutos. Es por tanto una herramienta importante para prevenir y actuar en situaciones de avenida con objeto de reducir los daños en todo lo posible.

La sensación de incertidumbre, no obstante, es inevitable aún en la actualidad.



Fotos: Lucas Cepero. Ayuntamiento de San Juan de Mozarrifar. Colección José Ramón Marcuello

Las crecidas en Zaragoza y su entorno se han debido siempre, mayoritariamente, a la sucesión de lluvias copiosas en la zona de la cabecera y a la fusión de las nieves de las montañas, o bien a una combinación de ambos factores. En alguna ocasión extraordinaria, sin embargo, se han producido como consecuencia de tormentas locales muy intensas. Es lo que ocurrió en julio de 1923, cuando una jornada de terribles aguaceros concluyó con la inundación total de varias localidades cercanas a Zaragoza, y más especialmente con la de San Juan de Mozarrifar.

El 10 de julio comenzó con inusitados temblores de tierra, que fueron como el anuncio de la catástrofe que llegaría por la tarde, con el agua que descargó del cielo a

raudales. Los vecinos de San Juan, en un primer momento refugiados en sus casas, tomaron la determinación de abandonarlas cuando advirtieron que el agua empezaba a inundar las calles, y se refugiaron en la fábrica de la antigua papelera, situada en un emplazamiento más elevado. De allí hubo que sacarlos al día siguiente, cuando desde Zaragoza se apercibieron de lo ocurrido, con las barcas de Pontoneros. Muchas casas se hundieron, se perdieron todos los enseres y por supuesto las cosechas; a los niños hubo que llevarlos temporalmente al hospicio, y durante un tiempo hubo que acudir a los socorros que se proporcionaban desde las instituciones.

Calificada de "sorprendente", aquella crecida veraniega alcanzó un caudal de 1.283 m³/seg y 4,2 m de altura.



Foto: Colección Luis Rasal

Fue una de las grandes crecidas registradas en Zaragoza, como consecuencia de una combinación de elevadas precipitaciones y la fusión repentina de las nieves a mediados de marzo. Se llegaron a alcanzar 3.500 m³/seg., y la altura del río fue de solo 15 cm menos que la de 1871. Se tuvieron que desalojar los barrios de Miraflores y Montemolín, y los arrabales de localidades como Pastriz. También resultaron inundados los barrios zaragozanos de la Orilla y Ranillas. La situación vivida en el Arrabal fue dramática. En triste peregrinación, las mujeres de la Orilla marcharon con sus hijos y los hatos de ropa a refugiarse a las salas de la Estación del Norte. Hubo que evacuar a varias familias cuyas casas quedaron rodeadas por el agua.

Hacía dos años que se habían inaugurado las instalaciones de los populares Baños del Ebro, y esta fue

la primera vez, de las muchas que vendrían en lo sucesivo, que se obtenía esta llamativa imagen del grácil edificio de madera rodeado por el agua. Era llamado también «Balneario» y ante él se ubicaba la zona de baño conocida como «Las Cuerdas», por las que había, entre postes, delimitando un perímetro seguro para los bañistas. El edificio estaba situado muy a la orilla del río, dada su función; por eso se diseñó para que las crecidas no le causaran excesivo daño. Hasta su demolición, en 1965, sufrió numerosas inundaciones.

Era una época en la que Zaragoza estaba muy unida al río: con los baños, con las barcas de recreo y de paso. Helios también se había fundado hacía poco (1925), y su chalet, emblemático de este club naturista durante varias décadas, soportó asimismo repetidas y violentas inundaciones.



Foto: Loty. Colección Luis Serrano



Foto: Colección Ángel Morata Monreal



Foto: Colección Luis Rasal



Foto: Lucien Roisin, Colección Luis Serrano

El puente de Piedra y las crecidas de 1397, 1405 y 1408

Aunque Zaragoza ha contado desde su fundación con una alcántara que salvaba el Ebro, el actual puente de Piedra es una obra medieval que se construyó a raíz de una importante riada acaecida en 1397, que según la Crónica de Martín de Alpartir arrasó el puente de tablas y la torre de piedra que se alzaba en mitad del cauce. Tras aquel episodio, el concejo de Zaragoza tomó la decisión de empeñar los recursos necesarios en la erección de un puente sólido y duradero que resistiera las crecidas del río y evitara las costosas reconstrucciones posteriores.

En las primeras décadas del siglo XV se levantó por fin nuestro magnífico puente, si bien las obras se vieron gravemente dañadas en varias ocasiones como consecuencia, precisamente, de varias riadas que retrasaron su avance. Hubo una en 1405 y otra, tremenda, en 1408, fecha en la que se produjo un cambio brusco del curso del río: las aguas pasaron a embestir directamente contra el Pilar. Las obras del puente se paralizaron y fue necesario reforzar la muralla de la ciudad por esa parte.

Hasta 1440 no estuvo terminada la nueva alcántara. Desde entonces, en una costumbre que ya es varias veces centenaria, los zaragozanos se apostan allí a contemplar el río cada vez que baja bravo.



Foto: Colección Ángel Morata Monreal

De milenaria puede calificarse la práctica de transportar madera por los ríos con navatas, esto es, balsas hechas con troncos anudados entre sí, y después unas con otras formando convoyes. Del Pirineo bajaron siempre al Ebro, hábilmente conducidas por los navateros, y del Ebro al mar. En Zaragoza tenían su destino en la Arboleda de Macanaz, donde se acumulaban los grandes troncos a la espera de ser transportados, a rastro por caballerías, hacia las obras o aserraderos.

Con ocasión de las riadas, una de las consecuencias negativas que se producían era la pérdida de buena parte de estos materiales, tan trabajosamente conducidos hasta aquí, pues la fuerza del agua se los llevaba río abajo. De la de 1932 nos queda esta valiosa instantánea que nos habla de un mundo perdido, pues el transporte de navatas se acabó en los años 60, debido a la construcción de pantanos en los ríos pirenaicos, que hacían inviable su paso, y al auge del transporte por carretera.



Fotos: Archivo Heraldo de Aragón

La importancia de las riadas se mide no solo por la cantidad de caudal de la avenida, sino también por su duración, por el tiempo que el agua permanece desbordada de su cauce inundando campos y edificios instalados en la llanura de inundación del río. La de abril del 36 alcanzó casi 6 m de altura en Zaragoza, pero duró solo 24 horas, en un rápido proceso de ascenso y descenso.

En la capital los daños no fueron de gran consideración, aunque sí se vieron muy afectadas las localidades de aguas abajo, como Osera y Pina, donde quedaron arrasadas las huertas, con graves daños económicos. Pocos meses antes de esta riada, en febrero, una avenida extraordinaria había inundado parte del Arrabal, al

desbordarse las aguas en la llamada Revuelta de Almozara.

Vemos por primera vez un testimonio gráfico de la práctica habitual en estos casos, desgraciadamente necesaria, y es la de que los barqueros y pontoneros acudan con sus embarcaciones a buscar y rescatar a quienes hayan quedado en situación de peligro. Ya citamos a la saga de los barqueros Mafioli, protagonistas de heroicos salvamentos en sucesivas riadas, como también lo serían Francisco Rodes, Agustín Serrano, Ángel Bagüés y Carlos Mar, el popular Tío Toni: ellos arriesgaron muchas veces sus vidas por salvar las de otros. Eran personas muy queridas en Zaragoza.



Fotos: Bardavío, Colección Luis Rasal

1952



Mientras en Zaragoza se volvía a repetir la imagen de unos veteranos baños públicos y un Helios anegados por el agua, en los pueblos de la ribera se sucedían dramas también ya repetidamente vividos: campos inundados, cosechas perdidas y poblaciones alcanzadas por el desbordamiento. En este año, la actuación del Regimiento de Pontoneros fue especialmente notable en poblaciones como Nuez de Ebro, Fuentes, Alcalá o los barrios de Zaragoza.

En muchos casos, los rescatadores se enfrentaban no solo al riesgo objetivo que comportaba su misión, a bordo de embarcaciones que han de moverse entre aguas desbocadas, sino también a la resistencia de quienes

deben ser salvados, que a menudo se oponen a salir de sus casas, sus pueblos, sus torres...

Es el temor a perderlo todo, la negativa a abandonar el propio entorno en la confianza de que ya pasará, o la angustia de la incertidumbre lo que hace que, a veces, las personas (sobre todo, las de mayor edad) tomen la determinación de no moverse de su lugar, como si haciéndolo se sintieran en la misma tesitura que el capitán que abandona el barco.

Es heroica la actuación de quien arriesga su vida por salvar a sus semejantes; y épica la de quienes, en el tramo final de su vida, prefieren correr la misma suerte que su entorno antes que abandonarlo.



Foto: Colección Luis Rasal



Foto: Miguel Marín Chivite, Archivo Municipal de Zaragoza

1961



Foto: Archivo Heraldo de Aragón

«Va subiendo, de hora en hora, el nivel del río Ebro en Zaragoza, como consecuencia del temporal de lluvias, que está siendo muy intenso en toda la cuenca alta. Ayer, a media tarde, la altura del río en nuestra ciudad era de cinco metros, y se espera que la avenida continúe en aumento» (Amanecer, 1 de enero de 1961).

Los datos que llegaban era intranquilizadores: la riada había alcanzado los 7 m en Castejón de Navarra. Se calculaba que en Zaragoza las aguas llegarían a un nivel de 5 m en la escala de la pasarela. «De momento no se temen daños», aseguraba el periódico. Se esperaba una crecida normal, pero fue verdaderamente extraordinaria: el Ebro casi alcanzó los 6,5 m en la capital.

Se instaló la zozobra en los barrios que podían ser más afectados, en la orilla izquierda del río. No se durmió en la

primera noche del año, pendientes todos del agua. Al amanecer del día 2 ya se vio que toda la parte del Arrabal se había convertido en un lago. Y no se sabía si aquello podía ir a más. La amenaza era angustiosa, había verdadero miedo.

Se ordenaron trabajos urgentes de contención en Ranillas. Se empezaron a levantar diques y muros de tierra para tratar de frenar el avance de las aguas. «Pero no sabemos hasta qué punto será posible lograrlo», decía el teniente coronel de la Guardia Civil.

Se desalojaron las casas en peligro. Camiones y jeeps entraban en los lugares inundados y se llevaban a la gente a lugar seguro. Algunas familias se resistían a dejar sus hogares. Se evacuaron animales domésticos, ganado, caballerías, enseres, todo lo que se pudo salvar.



Foto: Miguel Marín Chivite, Archivo Municipal de Zaragoza

El día 3 ya se veía claramente que aquella riada era la mayor del siglo, solo comparable a la de enero de 1871, que había quedado en la memoria colectiva como la más catastrófica de las vividas en Zaragoza. El cauce del Ebro ocupaba kilómetros de anchura en distintos puntos a lo largo de su recorrido.

La magnitud de la riada no solo se debió a la cantidad de agua que llevó el río (en Zaragoza se midieron 4.130 metros cúbicos por segundo, o lo que es lo mismo, más de 4 millones de litros por segundo), sino también a su

permanencia: el desbordamiento duró varios días, hasta el 7 de enero no se apreció un decrecimiento notable. Así, a la violencia y rapidez que llevó el agua, sobre todo en las primeras horas, se sumó la inundación prolongada, que mantuvo anegadas las tierras y casas durante mucho tiempo. El daño, con ello, se multiplicaba.

No se podían calcular los daños, el agua los ocultaba. Se podía prever que serían enormes, pero hasta que el agua no se retirara no se podría comprender su verdadera dimensión.

«¡Ha llegado a la anilla!». De boca en boca se repetía la noticia: el nivel del agua había sobrepasado la famosa anilla que pendía de la primera arcada del puente de Piedra y que desde siempre servía de referencia a los zaragozanos, como límite máximo de las riadas históricas. Desde primeras horas del 1 de enero fue agolpándose gente en las riberas y en los puentes para contemplar el impresionante espectáculo que ofrecía el río.

El fragor del agua era estruendoso, sobrecogía. El agua arrastraba velozmente trozos de realidades rotas. Los troncos que el río llevaba chocaban contra las pilas del puente. Era espeluznante imaginar lo que el Ebro podía traer con ellos y que no se veía.

Los zaragozanos se apiñaban a miles junto al río, que ejercía una atracción magnética. La gente se llevaba las manos a la cabeza.

La curiosidad llegó a provocar problemas a las fuerzas de salvamento, pues fueron muchos los que se acercaban demasiado a las zonas inundadas. Hubo que montar servicios de orden para contenerlos.

«Los miles de visitantes, unidos a los vecindarios de aquellas barriadas, constituían un obstáculo para desarrollar los servicios urgentes», se decía en la prensa. Y se afirmaba: «La animación subió de punto a primeras horas de la tarde, en que los guardias tuvieron que proceder con energía para impedir las aglomeraciones en los lugares peligrosos».

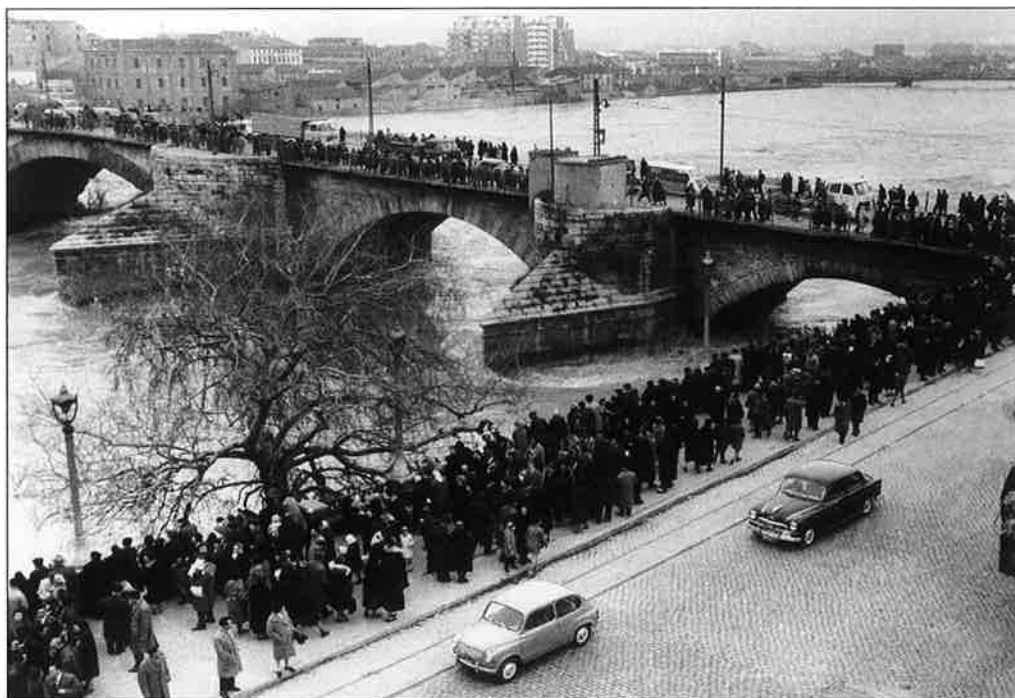


Foto: Miguel Marín Chivite, Archivo Heraldo de Aragón



Foto: Miguel Marín Chivite, Archivo Municipal de Zaragoza

«Desoladora madrugada en Ranillas». Así se calificó la impresión de las primeras horas del día 2. Los vecinos de las calles de Ranillas y La Lanera recibieron orden de evacuar sus viviendas ya inundadas. Todavía existía el temor de que el agua siguiera creciendo. Los barrios más afectados fueron los de Ranillas, la Orilla y Jesús. Todo el Arrabal era un drama.

Fueron más de doscientas familias las afectadas, muchas de las cuales se repartieron por casas de Zaragoza que les acogieron, aunque también hubo muchas otras que se vieron forzadas a alojarse en el Albergue Municipal y a

recibir el sustento diario en el comedor social de Santa Marta. Aquí se atendía, según la prensa, a 400 personas diariamente.

Se recibieron vituallas y ropa por parte de Cáritas y del Auxilio Social, así como de la Ayuda Social Americana, instituciones que atendieron en las mismas fechas también a las localidades de la ribera que más daños habían sufrido. Era urgente atender a todas esas personas que habían sido evacuadas, en su mayoría, con lo puesto, y que no sabían si al cabo de unos días tendrían casa o no. Se requería, sobre todo, ropa de abrigo.



Foto: Miguel Marín Chivite, Archivo Municipal de Zaragoza

El ejército aportó mantas y camas, mientras los zaragozanos emprendían una auténtica procesión para aportar, en la parroquia de Altabás, donativos en dinero, ropa, alimentos y juguetes. Eran fechas navideñas, todo el mundo pensaba en los niños. En el 61, la cabalgata de Reyes tuvo que retrasarse unos días para los pequeños de Ranillas, que todavía tardarían a quitarse de la mirada el susto vivido y la angustia que les habían transmitido los mayores. Los damnificados fueron avisados de que tenían que presentarse ante los curas del Arrabal para recibir auxilio.

Ellos proporcionaban los vales para la comida en comedores sociales y volantes para recibir auxilio en el albergue. El Ayuntamiento habilitó locales en la Feria de Muestras para guardar los enseres evacuados.

Las casas, calles, fábricas, infraestructuras de todo tipo estaban inundadas. También recibió daños la estación elevadora de aguas de Zaragoza, que bombeaba el agua hasta los depósitos: la maquinaria sufrió graves desperfectos.



Fotos: Miguel Marín Chivite, Archivo Municipal de Zaragoza

La masa de agua era de unas proporciones aterradoras, vista desde el aire. Era el Ebro hecho mar. «Toda la ribera, bajo las aguas», decían los titulares de prensa: y era verdad. Los mayores perjuicios fueron para el campo, pues se perdieron las cosechas, el agua se llevó los frutos ya recogidos, especialmente la remolacha, que aguardaba simplemente a ser cargada; pero también se arruinaron las infraestructuras de riego, acequias y canales, los caminos y carreteras quedaron hundidos o impracticables,

desaparecieron las lindes, se borraron los márgenes de las fincas, se hundieron torres agrícolas y numerosas casas en los pueblos, se inutilizaron estaciones eléctricas. El gobernador civil escribía en un informe: «Hay que pensar que muchas de estas familias no tienen otros sistemas de vida; que con las aguas se han ido, no solo las esperanzas de encontrar un sitio de trabajo, sino sus casas y sus enseres; que las cosechas en pie y prontas a entrar en mercado o en fábrica no les proporcionarán ya los



medios para enlazar con la próxima; y que esta próxima cosecha se aleja cada vez más al no poder utilizar los sistemas de riego destruidos, en los que tantas horas y tantos ahorros de su esfuerzo han ido acumulando año tras año».

Muchos pueblos quedaron incomunicados al inundarse las carreteras y vías férreas, y ser arrastradas por la corriente las barcas de paso. La de Alfocea, cuyo término municipal se anegó completamente, fue una de ellas. Esta localidad

se contó, junto con Juslibol y Monzalbarba, entre las más afectadas por la riada. Aguas arriba, muchas otras: Pradilla y Remolinos, Cabañas y Alcalá, entre las peor paradas; respecto de las situadas aguas abajo, Pina, Osera, Velilla, Villafranca y Gelsa ocuparon amplio espacio en la prensa por los graves daños sufridos.

Se rompieron los muros de contención: se habían revelado inútiles. Pero fue lo primero que se pidió de las autoridades de cara al futuro. La confianza en ellos seguía indemne.



Fotos: Miguel Marín Chivite,
Archivo Municipal de Zaragoza



Foto: Miguel Marín Chivite, Archivo Municipal de Zaragoza

Todos los medios parecían pocos para poner a salvo a la gente, prioridad máxima. En las primeras horas, cuando aún las autoridades no se habían apercebido de la gravedad de la situación, fue providencial la actuación de los barqueros de Ranillas, que sin perder un minuto sacaron las embarcaciones de Helios y se echaron al agua para recorrer las zonas de peligro: Francisco Clavero Canina y Servando Monterde salvaron en la noche del 1 de enero a muchas personas del barrio. «Nadie perdió los nervios –decían–. Pero la misma soledad y silencio ante tanta extensión de agua producía una angustia horrible.

Desde la madrugada del día 2, ya se contó con las fuerzas del Regimiento de Pontoneros, de Bomberos y de los helicópteros de la Base Americana, que llegaban

adonde no se podía acceder en barca. Los helicópteros rescataron, principalmente, a quienes habían quedado aislados en las torres agrícolas de Ranillas y Bergua. Los zaragozanos los oyeron durante horas pasar una y otra vez sobre sus cabezas.

Los pontoneros, a los que se unió el bote neumático que proporcionó la Base, realizaron una labor inmensa: escudriñaron cuidadosamente todas las zonas peligrosas y allí donde se agitaba un pañuelo, donde se veía una señal, se acudía de inmediato. Los bomberos llegaron a sacar a hombros a la gente de sus casas, especialmente a ancianos y enfermos.

Conocidas las dimensiones de aquella riada, aún parece milagroso el hecho de que no hubiera que lamentar la pérdida de ninguna vida.

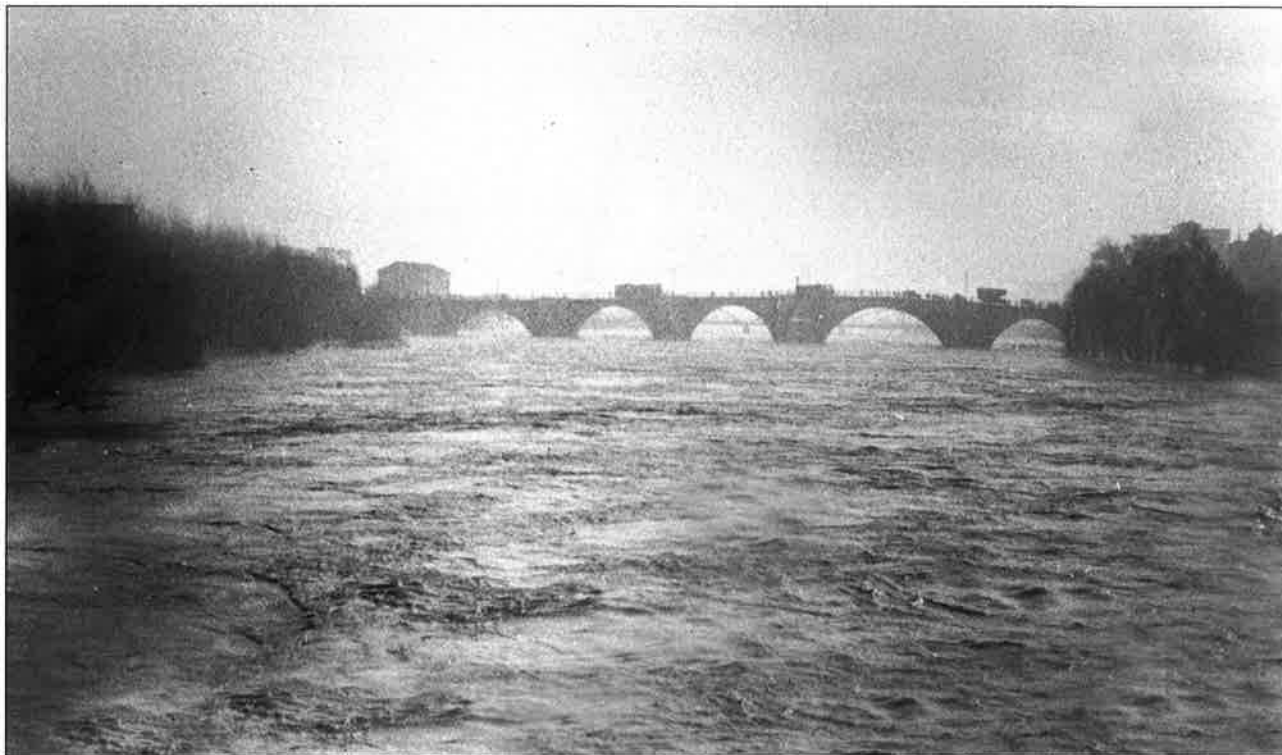


Foto: Archivo Miguel París

Fue un suceso nacional con resonancia internacional: se recibieron telegramas de muchas ciudades extranjeras expresando solidaridad y simpatía con las poblaciones zaragozanas afectadas. Pero la preocupación en Zaragoza era que aquella catástrofe llegara a ser percibida en los despachos de Madrid. Poco tiempo antes se habían producido graves inundaciones en la zona levantina, y se temía que las voces de los damnificados de una zona más pobre y menos poblada no pudieran sonar tan alto. Zaragoza seguía mirando a su río con reverencia y temor. Ni aquí ni en los pueblos era momento para pensar en lo

que río da, en estimarlo como la arteria vital que es, en recordar que las crecidas son necesarias para el propio río. No. En ese momento, solo se lamentaban las pérdidas. Y se llegaba a odiar al río, a verlo como un enemigo, a personificarlo como un dios colérico: un ser con alma y sentimientos, que había desatado la furia en las orillas y que tardaba en retirarse tras ver llorar a los hombres.

Pero el Ebro es solo un río, ni más ni menos que un río, con su régimen de caudal variable, con su llanura de inundación y al que también debemos la vida,



Fotos: Archivo Miguel Paris



Fotos: Archivo Miguel París



Foto: Archivo Miguel París

El 3 de enero, el gobernador civil Pardo de Santayana y el alcalde de Zaragoza, Gómez Laguna, recorrieron las zonas afectadas de la capital: se hizo una primera apreciación de los daños en los barrios, en casas y calles, pavimentación, conducciones de agua, colectores, infraestructuras de espacios públicos. A su paso todavía estaban achicando agua los bomberos del interior de las viviendas. Pocos días después llegó el ministro de Obras Públicas, general Jorge Vigón, que también visitó Ranillas con una comitiva de

autoridades «atendiendo las peticiones de los vecinos». Se determinó que las relaciones de daños se entregaran al cura de Altabás para su trámite.

Se otorgaron ayudas del Ministerio de Vivienda para la reconstrucción de las casas y se arbitraron diversas medidas de apoyo. Pero el reencuentro con el día a día de una realidad desolada fue muy costoso, muy difícil, muy largo. Y ya no fue noticia.



Fotos: Archivo Miguel París



Foto: Archivo Miguel París

Las autoridades giraron visita a los pueblos más afectados de la ribera. Estuvo el ministro en Pina, Cabañas, Alcalá, Pradilla... Preocupaba a los vecinos el paro agrícola, los daños en las comunicaciones y, sobre todo, la terrible situación de la huerta, con miles de hectáreas anegadas. Decían unas fuentes que 11.000, otras hablaban de más de 30.000. Se procuró estipular remedios inmediatos arbitrando partidas económicas, se reconocía que insuficientes, para rehacer viviendas y

sistemas de riego, y levantar obras de defensa. De esta última medida se hablaba mucho y muy alto: motas y diques de contención se presentaban como remedio imprescindible «para impedir daños futuros» y, también, para aliviar el paro forzoso en que habían quedado muchos agricultores.

Era preciso, se decía, levantar «obras de defensa contra el Ebro». Contra el Ebro. Como si fuese posible, viable o útil actuar en contra de la Naturaleza.



Foto: Archivo Miguel París

Si el dinero de las ayudas a los damnificados no llegó demasiado rápido, sí se aportaron enseguida los recursos necesarios para dar inicio a esas obras de contención destinadas a tranquilizar a la población demostrándole que se estaba actuando tras la catástrofe. En la prensa, las voces más autorizadas no cesaban de proclamar la necesidad de «un bien concertado sistema de regularización y canalización del gran río aragonés».



Foto: Archivo Miguel París

A principios de febrero ya las máquinas pesadas empezaban a construir en Ranillas un dique de 1,6 km de longitud, y de 2,5 a 4 m de altura, como «defensa frente a futuras avenidas». Era un dique de tierra compactada con el que se pretendía proteger una amplia zona de riego entre Ranillas y Juslibol. También pedían obras de ese mismo tipo todas las localidades de la ribera. La mayor parte de las que se construyeron se echaron a perder en la siguiente crecida importante, que fue la de 1966.

En esa fecha, nuevamente las autoridades recorrieron los mismos pueblos y volvieron a prometer las mismas obras. Hubo, sin embargo, también tempranas voces que afirmaban que «está todo lo más importante en rendir a la propia Naturaleza la consideración que recibimos de ella, y devolver al río todos los merecimientos, todos los honores, todas las inmensas arboledas que le han arrebatado las codicias, las desamortizaciones y la ignorancia».





Foto: Archivo Miguel París

La partida de nacimiento del Galacho de Juslibol

www.zaragoza.es/ciudad/medioambiente

1927



Fotos aéreas: SITAR y CHE

Cuando un río discurre por terreno llano, como es el caso del Ebro en los alrededores de Zaragoza, tiende a formar un curso sinuoso, serpenteante, con curvas denominadas meandros. En el reportaje fotográfico aéreo que elaboró en 1927 la CHE, esta era la imagen que se obtenía del río a su paso por Juslibol: las aguas chocaban frontalmente contra el escarpe de yesos, al pie del Castillo de Miranda, y allí giraban y se dirigían, trazando una curva, hacia Zaragoza.

1957



Las curvas y contracurvas del río se van deformando constantemente por la conjunción de los fenómenos de erosión y sedimentación, acercándose cada vez más sus dos extremos. Es habitual que en situaciones de crecida el río busque el atajo, el camino más corto y recto, y corte el meandro. En la crecida de 1952 el Ebro se desdobló en dos cauces, dejando una mejana o isla de grandes dimensiones entre sus dos brazos.

1967



1979



Pero fue en la gran crecida de 1961 cuando, al descender el nivel de las aguas, un cordón de gravas cerró el antiguo lecho y el río tomó definitivamente el camino más corto. En la orilla izquierda quedó una lámina de agua formada por el antiguo cauce del río. Había nacido el Galacho de Juslibol, pues un galacho no es otra cosa que un antiguo meandro del río abandonado.

Este galacho es el último formado por el Ebro, auténtico testigo de la dinámica fluvial. En la actualidad la regulación de los ríos y el encorsetamiento de los cauces con defensas dificultan la formación de nuevos galachos. En los 70, con el gran desarrollo urbano de Zaragoza, se

extrajeron del galacho grandes cantidades de grava. La extracción masiva llegó hasta el nivel de aguas subterráneas. A principios de los 80, desde el ámbito ecologista y universitario se reclamó la protección de este importante espacio natural y el Ayuntamiento logró comprar los terrenos. La Asociación de Amigos del Galacho siguió peleando en pro de su cuidado y en 1992 se aprobó la Ordenanza Municipal para la Protección y Gestión del Galacho. En 2010 se celebraron los 25 años de sensibilización, educación y trabajo colectivo para la valoración, recuperación y protección de este espacio natural.

1978-1979

«De la tal seca, la tal remojada», dice el refrán popular. Y este es nuestro río. Es así, es su dinámica natural. Parecemos sorprendernos con cada crecida y con cada estiaje, como si no conociéramos su naturaleza. El hombre puede proteger sus casas y haciendas, defender la riqueza que le proporciona el río, pero no ir contra él.

En 1978 se produjo la siguiente riada importante después de la del 61, y este es el aspecto que ofrecía a su paso por el Pilar. De nuevo se cortaron carreteras y quedaron los pueblos incomunicados, una vez más se inundaron miles de hectáreas de cultivo. Pocos meses después, la gran sequía.



Foto: Luis Serrano Pardo

En épocas pasadas se abogaba por una «regulación total» del Ebro, por multiplicar por cinco y hasta por seis la capacidad de los embalses; se hablaba de «someter» al río, de «dominarlo» y de «hacerlo nuestro vasallo». Hasta recientemente se escucha que no debería dejarse

que el río vertiera «una sola gota al mar». Sería tanto como matar la gallina de los huevos de oro, ya que el río no solo fertiliza los campos, también transporta sedimentos que crean la arena de las playas y la costa, y nutrientes para la vida en el mar.



Foto: Luis Serrano Pardo

1992

En los años 70 se produjo el gran desarrollo de Zaragoza, con la urbanización de la margen izquierda. Cuanto más nos acercamos al río, cuanto más intensamente ocupamos su área inundable, más en riesgo nos situamos. «A la orilla del río no te hagas el nido», dice otro refrán popular. Pero constantemente lo hacemos. Nuestra memoria es frágil. En 1992, la prensa empieza a hablar, con ocasión de una nueva riada, de los daños

ocasionados por el agua en «los chalés de las numerosas urbanizaciones ilegales que se han construido a lo largo de esta ribera».

La técnica avanza y posibilita obras en otro tiempo impensables. Pero no debemos minusvalorar nunca el poder de la Naturaleza, su fuerza, las dinámicas que la mueven. Simplemente, porque formamos parte de ella.



Foto: Archivo Luis Rasal

2003

Entre el 7 y el 8 de febrero de 2003, el Ebro tuvo una de las más importantes crecidas de los últimos 40 años y puso en alerta a varios pueblos de Zaragoza. El caudal rozó los 3.000 m³/seg. Los vecinos de Pradilla fueron desalojados mientras en otros pueblos cercanos se mantenían preparados para ello.

La contemplación del río desbordado levantó voces con diferentes mensajes, desde quienes exigían «la limpieza de un cauce invadido por gravas y áridos» a los que abogaban por «dar respuesta científica al comportamiento de la crecida y los daños provocados».



Foto: Francisco Pellicer



Foto: Ángel de Castro. El Periódico de Aragón

Los enfoques de cara a una solución también divergen: mientras los pueblos afectados defienden la construcción o refuerzo de motas y diques que frenen la expansión de las aguas, los ambientalistas abogan por dejar espacio al agua para que se extienda, considerando que el hecho de constreñirla entre diques lo único que hace es agravar el problema aguas abajo.

Uno de los elementos de reflexión fue que en algunas zonas se inundó mayor superficie de la que correspondería por el caudal, en más de 1.000 m³ inferior a la de 1961. En

un seminario organizado por la FNCA y en el que participaron representantes científicos y de la administración de toda la Cuenca del Ebro se apuntaba que «tanto los embalses como las motas de defensa han generado una falsa sensación de seguridad que ha favorecido la ocupación de la llanura de inundación por actividades económicas vulnerables a las inundaciones, como la horticultura y el uso urbano o industrial, provocando a la postre mayores daños y pérdidas económicas».

FNCA y CIREF



Fotos: Gobierno de Aragón



Foto: Chus Marchador. El Periódico de Aragón

«El Ebro de meandros libres es una joya de la geomorfología fluvial, en buena medida porque ha sido posiblemente el último gran río europeo en ser domesticado. El proceso de estabilización artificial del cauce se inició tras la crecida de enero de 1961 [...]. A raíz de aquel evento se comenzaron a construir diques continuos para proteger de la inundación y defensas de margen (escolleras principalmente) en cada orilla cóncava de meandro para evitar la erosión. En los años 80 se terminó de completar este sistema de defensa, que ha resultado muy poco efectivo evitando inundaciones pero muy eficiente en cuanto a la dinámica del cauce, que ha quedado eliminada.

La masiva construcción de defensas, junto con los diferentes embalses de regulación en la cuenca, animó lógicamente a un intenso proceso de ocupación agraria y urbana del territorio fluvial, cuya superficie ha quedado reducida a la mitad de la que alcanzaba hacia 1950.

[...] Un río al que se priva de sus crecidas, o en el que éstas se reducen mucho en número y volumen, va

muriendo como sistema natural, deteriorándose progresivamente todos sus ecosistemas asociados.

En el Ebro se da la paradoja (por otra parte, habitual en todos los ríos regulados) de que los embalses han servido para deteriorar al río sin solucionar el riesgo, es más, incrementándolo. Los embalses han reducido la frecuencia de las crecidas ordinarias, lo cual resulta muy negativo para el funcionamiento hidromorfológico y ecológico fluvial, pero no pueden con las extraordinarias. Al haber menos crecidas, la población ha ocupado intensamente el curso fluvial, con lo que el riesgo por inundaciones ha aumentado al incrementarse progresivamente la exposición humana a las mismas. Actualmente, más de 100.000 personas viven en la llanura de inundación del Ebro aragonés. En suma, hay menos crecidas pero generan más daños y las crecidas grandes seguirán aconteciendo.»

*Alfredo Ollero Ojeda, profesor de la Universidad de Zaragoza
Extracto del artículo publicado en la revista Foresta nº 43,
Especial Aragón, 2009*

2008-2009



Foto: José Aniés. El Periódico de Aragón



Foto: Rogelio Allepuz. El Periódico de Aragón

La crecida de 2007, de 2.282 m³/seg., no fue relevante por su volumen sino por su larga duración, desde el 18 de marzo hasta el 19 de abril, con tres picos de crecida que se sucedieron rápidamente.

Según los expertos, la superficie inundada en el curso medio del Ebro solamente alcanzó la mitad de la registrada en la crecida de 2003 debido a la ruptura de defensas aguas arriba para la salvaguarda del meandro de Ranillas, enclave de la Exposición Internacional Zaragoza 2008.

En este caso, la inundación fue por desbordamiento mientras que en la de 2003 se anegaron muchos terrenos alejados del cauce menor, desde el freático, precisamente porque se rompieron pocas defensas y el caudal "se inyectó" en el acuífero.

Al año siguiente, el año "de la Expo", una nueva crecida tuvo lugar a comienzos de junio, esta vez con 1.567 m³/seg. A partir de este momento, la CHE constituyó una comisión técnica para el estudio de dos medidas fundamentales:

--Permeabilización de motas con compuertas, logrando áreas de inundación controlada.

--Cauces de alivio, canales secundarios de aguas altas cuyo objetivo sería reducir la energía de la corriente en crecida y aumentar la capacidad de desagüe frente a los seis núcleos de población con mayor riesgo: Novillas, Pradilla, Boquiñeni, Alcalá, Cabañas y Pina.

UNA VISION COMPARTIDA

Con motivo del 50 aniversario de la mayor crecida del siglo, el 25 de noviembre de 2010 se realizó una jornada en la que participaron representantes de diferentes sectores de la administración, alcaldes ribereños, comunidad científica y ecologistas, con el título «Convivir con el Ebro: Ideas para prevenir y gestionar los riesgos de inundación».

Entre las conclusiones recogidas se evidenciaba la existencia de un consenso entre todas las partes implicadas (poblaciones ribereñas, agricultores, ambientalistas, usuarios recreativos, administración) sobre la necesidad de evitar los daños a las poblaciones que pueden provocar las inundaciones, por lo que se reconocía la necesidad de encontrar respuestas conjuntas a este problema.

En la actualidad, la Directiva 2007/60/CE de 23 de octubre, relativa a la evaluación y gestión de los riesgos de inundación, establece con claridad que las inundaciones son fenómenos naturales que no pueden evitarse y que hay que frenar el deterioro de los ecosistemas fluviales, a la

vez que prevenir y gestionar de forma más eficaz los riesgos de inundación. La Directiva señala con claridad que hay que dar más espacio a los ríos, restableciendo en la medida de lo posible las llanuras de inundación.

Tres fechas clave plantea la ley a los Estados miembros:

- la evaluación preliminar del riesgo de inundación, antes de diciembre de 2011
- la elaboración de mapas de riesgo de inundación, antes de diciembre de 2013
- la implementación de planes de gestión del riesgo de inundación, antes de diciembre de 2015.

Igualmente señala que hay que supeditar las actuaciones de mitigación del riesgo a los principios de la Directiva Marco del Agua (2000/60/CE).

*Agencia de Medio Ambiente y Sostenibilidad,
Ayuntamiento de Zaragoza*



Foto: Ángel de Castro. El Periódico de Aragón

«Esperando la crecida histórica, antes que el agua sube la angustia. El río olvidado, al que nunca miramos, registra una afluencia de gente que quiere ver cómo se hincha por las gorgas y se apodera de las orillas. El vecindario se asoma a ese turbión con el alma encogida, como si se nos fuera a llevar a todos.
[...] Empiezan a inundarse los bajos de Vadorrey. Los bancos de la Almozara ya están a remojo. Los pueblos aguas arriba van a ser evacuados, muchos vecinos se niegan a irse [...].

El río es ingobernable y acaso imprevisible. El Ebro no se deja hacer el minutaje.»

*Mariano Gistáin, escritor
El Periódico de Aragón, 7 de febrero de 2003*



Se terminó de imprimir el 3 de mayo
del 2011, ya iniciada la primavera,
cuando el buen tiempo anima
a los zaragozanos
a salir y disfrutar de su río



Zaragoza
AYUNTAMIENTO

MEDIO AMBIENTE Y SOSTENIBILIDAD